

vuelta al mundo, conoce la China, el Japón, el Canadá, toda la América española, toda Europa. Pero en ninguna parte ha visto nunca nada que no sea el juego. Hace pocos días, como se hablara en el Casino, entre familiares, de la revolución china, alguien le preguntó si había conservado algunos recuerdos interesantes de su viaje á Extremo Oriente. « — ¡Ya lo creo! — respondió. — ¡Figúrese usted que en Shangai, en el Hotel Astoria, una noche perdí en dos horas más de cuatrocientos mil francos! Mi marido pretende que la gente que jugaba conmigo era una cuadrilla de estafadores. Yo no lo creo. Además, á mí no me engaña nadie. » De los demás países por los cuales ha pasado, no conserva sino recuerdos análogos. « — La Habana — suele decir — es la única ciudad interesante de América. » Y si le preguntan por qué, explica, muy ingenuamente, que es porque sólo en la Habana hay grandes partidas de « pocker ». Aquí, cuando ella talla, el oro corre como un pactolo por el tapete verde. No hay idea de su atrevimiento. Lo mismo gana que pierde en una hora cien mil francos. Y siempre sonrío, siempre está contenta, siempre cree que lo que sucede es lo mejor que puede suceder. Su generosidad es fantástica. Cuando un « croupier » la hace ganar, le da propinas que hacen palidecer á los príncipes rusos.

— ¿Y aquella? — pregunto á mi amigo, señalando á una rubia muy delgada, muy pálida,

de ojos casi blancos y de manos transparentes.

— Aquella es una polaca. Véala usted compulsar los papelitos que ha puesto sobre el velador... ¿Ve usted?... Son sus notas cotidianas sobre las ondulaciones de las corrientes de la fortuna. Muy fría y muy fantástica, mitad poeta y mitad matemática, vive acariciando un ensueño de grandezas milagrosas. Con sus cifras y sus jeroglíficos, forma, día por día, un tratado del juego, que ha de darle al fin la clave de la ganancia segura. « — En cuanto mi sistema esté terminado — suele decir con la mayor tranquilidad, — me iré á Monte Carlo y en una noche ganaré cien millones. » Entretanto, no sólo no gana nada, sino que pierde todo lo que tiene. Sus jugadas más científicas son las que más dinero le cuestan. En cuanto ella apunta en un número, es seguro que sale otro. Y la pobre que espera á veces horas enteras antes de arriesgar sus billetes de Banco, no se explica cómo sus combinaciones, que en teoría son tan exactas, en la práctica salen siempre mal. « — Lo mejor — le aconsejan las parisienses que se sientan junto á ella — es no contar sino con el azar. » Pero ella desdeña á las frívolas muñecas, que son incapaces de hondos cálculos, y sigue persiguiendo su quimera entre signos cabalísticos y jeroglíficos complicados. Véala usted escribir cifras y más cifras. Así se pasa las horas, y los días y los meses... Así va agotando poco á poco una

inmensa fortuna, heredada de un señor polaco, que murió en Siberia hace diez años, por no haber querido prestar un juramento de lealtad al César de Rusia.

Detrás de la morena española, dos chiquillas de labios voraces y de ojos ojerosos acaban de ocupar una mesita de mármol. Todo en ellas sonríe. Sus cabellos castaños, peinados caprichosamente, nimbán sus rostros infantiles de rizos vaporosos. En sus gargantas, la luz se entretiene en hacer reflejos marmóreos. Sus manos blancas, sin una sortija, juegan con el programa del concierto. Sus trajecillos, muy ajustados, se revelan las líneas, á la par redondas y delicadas, de sus cuerpecillos. Y hay tanta elegancia, tanto encanto, tanta voluptuosidad en sus personitas, que todo el mundo las contempla con una simpatía llena de ternura.

— Estas — le digo á mi amigo — no pueden ser sino parisienses.

— En efecto; son dos modistillas de la Rue de la Paix. Toda la semana se la pasan trabajando en un entresuelo sin luz, sin aire, como pajaritos enjaulados. Cuando los negocios van bien, ganan hasta seis y siete francos diarios en sus calidades de « primeras ». Con tres pesetas comen, se alojan y se visten. Lo demás lo guardan para venir el domingo á tentar la suerte. Yo las oigo hablar á menudo, y sus charlas me emocionan tan hondamente que á veces me desespero por no ser

Dios, para hacerlas ganar los cien mil francos con los cuales sueñan para comprar una casita de campo, y un gallinero y un cochecito con un poney... Hace poco, una de ellas ganó mil francos. « — Ponlos en la Caja de Ahorros » — le dijo un caballero viejo, que las trata paternalmente. Pero ella le contestó con una mueca y se fué al taller, llevándose sus cincuenta luses de oro para repartirlos entre sus compañeras. La española suele sentarse al lado de ellas y las asocia á sus ganancias. « — Son un encanto » — dice. En cambio, la polaca las detesta, por lo que hay en ellas de ingenuo, por lo que tienen de animalitos instintivos.

La carta que el ardiente y sabio catedrático del Seminario de Madrid señor García Hughes me dirige en las columnas de *El Debate*, llega á mis manos en esta ciudad de Enghien, que, en verdad, es la menos evangélica del mundo. Sentado á orillas del lago, trato de leerla con la atención respetuosa que merece y me siento halagado al ver que, á pesar de su catolicismo intransigente, mi contradictor me honra reconociendo mi buena fe y mi lealtad.

Pero en cuanto quiero darme cuenta exacta de lo que en mis artículos anteriores sobre este mismo tema ha podido irritar á los defensores de la Iglesia, mis ideas me abandonan. La culpa la tiene, sin duda, una orquesta insidiosa que invita á las parejas á hablarse al oído y que llena mi alma de vagas nostalgias voluptuosas.

— Todos estos seres que me rodean — pienso — no tienen, de seguro, la menor noticia de que hay

además de los cuatro Evangelios que leyeron en su infancia, otros muchos evangelios, entre los cuales algunos podrían muy bien ser más antiguos que el del mismísimo San Marcos. Y esto, sin embargo, no les impide ser muy buenos cristianos, y vivir muy felices, y amar á la mujer de sus prójimos, como á las suyas propias. ¿Por qué, pues, darle tanta importancia á cuestiones de fechas, y de nombres, y de lenguas?

Mas en seguida me doy cuenta de que el señor García Hughes, que es un hombre grave y que de seguro no escribe, como yo, en las terrazas de los cafés, podrá decirme, con mucha justicia, que si hay pecado contra la sencillez de la vida en hablar de estas nimiedades eruditas, el primero que lo cometió fui yo mismo. Yo, en efecto, yo pecador, yo frívolo, tuve un día la ocurrencia de escribir que el « Evangelio de los Doce Apóstoles » era, sin duda, anterior á los de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan, á lo cual, no sin razón, mi contradictor me contesta con las líneas siguientes :

« Decía usted moverle á aceptar de plano el Evangelio de los Doce Apóstoles » la frase que en él se encuentra : « Yo, Gamaliel, seguí á Pilatos en medio de la multitud », y que, según usted, demostraba la condición de testigo ocular del autor.

Y respondíale yo que en San Juan se hallan frases más explicativas, afirmaciones más expre-

sas del autor del cuarto Evangelio sobre su visión directa é información personal.

Las frases son las que yo citaba y usted copió : «El que vió da testimonio », y, al final, hablando del discípulo amado, compañero de Jesús, según el mismo Evangelio, desde su bautismo en el Jordán escribe : «Este es el discípulo que atestigua estas cosas y que escribió esto.»

Y aun le citaba la primera epístola de San Juan que todos estaban conformes ser del mismo autor del cuarto Evangelio.

« Lo que hemos visto por nuestros ojos, y nuestras manos palparon del Verbo de la vida..., lo que hemos visto os anunciamos », y anuncia el cuarto Evangelio, al cual sirve de prólogo la citada epístola.

Yo no concedía, ni concedo, valor alguno demostrativo á estos argumentos y confesiones de San Justo, sino después de probada con otras razones la autenticidad é historidad de su Evangelio, y prueba de ello es lo que á continuación escribía :

« Dejando á un lado los argumentos intrínsecos, que son los que menos valen, y ateniéndonos solamente á las afirmaciones de testigos bien informados... »

Un argumento apodíctico aducía yo de testigo de mayor excepción, y que en esta materia son los de más valor, y no los castillos que sobre los libros mismos, sin atender á su origen ni á

su autenticidad, fabrican los «superhombres» de la crítica contemporánea, y la cual no se dignó usted contestar.»

En mi casa de París, donde tengo muchos libros, muy doctos, con muchas notas marginales, tal vez me decidiría á contestar al señor García Hughes, demostrándole que sí puede muy bien pretenderse que Marcos es anterior á los apócrifos, á pesar de no ser tan personal como Gamaliel; en cambio, es imposible creer que el Evangelio de Juan con todo y sus afirmaciones, sea anterior al de los « Doce Apóstoles ». Pero aquí, en esta aldea de placer y de alegría, entre músicas ligeras y sonrisas pecaminosas; aquí, frente á ese terrible templo del juego, que se llama el Casino, á orillas de este lago poblado de cisnes paganos; aquí, donde hasta las campanas de la iglesia tienen algo de ligero, de risueño, de mundano, verdaderamente, me siento incapaz de todo esfuerzo erudito.

Por lo demás, al tratar de dar á conocer el « Evangelio de los Doce Apóstoles », que, como lo sabe muy bien el señor García Hughes, fué respetado durante los cinco primeros siglos del cristianismo, al igual de los sinópticos y del de Juan, mi primera idea no era erudita, sino artística. Lo que dije, ó, por lo menos, lo que quise decir á mis lectores, que son en su mayoría, muy buenos cristianos, aunque otra cosa se crea en los Seminarios, fué : « he aquí un Evangelio más

bello que los cuatro canónicos»; no : « he aquí un Evangelio más antiguo que los demás ». Y esto, ó mucho me equivoco, ó tiene mayor importancia que lo otro. Porque, á pesar de toda su ortodoxia, á pesar de toda su obediencia y á pesar de toda su buena voluntad católica, mi erudito contradictor sabe muy bien que no hay un solo Evangelio que sea obra escrita por un apóstol de los que conocieron á Jesús.

La exégesis más seria, la de Harnack como la de Loisy, la de Renán, como la de Tischendorf, y hasta la muy católica, apostólica, romana de monseñor Duchesne, están, en el fondo, de acuerdo para reconocer que durante un siglo entero los relatos evangélicos fueron orales y se conservaron en las Comunidades cristianas de Oriente.

En cuanto á las redacciones hechas, unas en arameo, otras en copto, otras en griego, todas son reflejo ideales de la divina leyenda y todas merecen la misma atención, la misma fe y el mismo amor, puesto que en todas ellas aparece, nimbado de dulzura, aquel sublime Consejero de bondad, de caridad y de fraternidad, que se llamó Jesús.

---

## VIII

— ¿No se siente usted como fuera de París, fuera de Francia, fuera de toda ciudad determinada y de todo país conocido en este restaurant, que es una especie de Babel elegante, en que todos los pueblos, todas las lenguas, todos los tipos, todas las pasiones y todas las esperanzas se mezclan y se confunden?

El que así me habla es uno de los más sutiles escritores griegos de nuestra época, el famoso Athanidés.

— Nuestra misma mesa — le contesto — tiene ya algo de babélico. Si cada uno de nosotros se pusiera de pronto á hablar su lengua, caeríamos en la mayor confusión.

Somos cinco, en efecto, los que cenamos juntos en la maravillosa sala de Negresco, entre aromas de flores exóticas y acordes de violines orientales; somos cinco, y todos representamos un país, una raza, un alma distinta. El único francés entre nosotros es Ernest Lajeunesse. Á su lado se sienta Marinetti, el apóstol del Futurismo, que es italiano, y junto al helénico Athanidés, el

londinense Strong, de aventurera memoria. Pero esto no es todo. Sin apartar la vista de nuestro rincón, podemos ver que el camarero que nos sirve es suizo, á menos que sea austriaco, y que el copero que trae con religioso respeto los frascos de vino del Rin para llenar nuestros altos cálices de cristal, tiene una cara de wiking recién llegado de alguna tierra polar. El enérgico Negresco, que adora las empresas pintorescas, no ha querido someterse á las exigencias sindicalistas, que se empeñan en excluir á los extranjeros del servicio de hoteles y restaurants. Venido él mismo de su Rumanía natal para hacer probar durante la exposición de 1900 á los parisienses la excelencia algo rara de la cocina cosmopolita, defiende con tesón la variedad mundial de su servidumbre. Y por tener servidores de todos los matices y de todos los colores, hasta negros posee, á veces magníficos negros, vestidos como eunucos de las mil y una noches, que escancian el café de Moka en tazas de Persia.

— Este pilaf, con su aroma de Karry, está delicioso — asegura Athanidés.

En seguida, todos hablamos de cocinas, y de vinos, y de salsas y de frutas.

— La verdad — dice Lajeunesse — es que, fuera de la cocina francesa, todo lo demás es bárbaro. Hace pocos días, Víctor Margueritte nos llevó al nuevo restaurant turco de París y por poco nos morimos... ¿No es verdad?

— No — lo contesto yo.

— Usted, que ha comido ratas en la China — me dice, — es el único capaz de soportar esas cosas...

— Yo también — exclama Marinetti.

— La cocina francesa — exclama gravemente Strong — no puede compararse con la inglesa. La gran cocina es la nuestra, á causa de sus principios de lógica estricta. En Inglaterra, en efecto, cuando comemos carne, queremos que tenga sabor de carne, y cuando pedimos espárragos, exigimos que nuestro paladar sienta el gusto de los espárragos. En cambio, en Francia es preciso que la carne tenga sabor de espárragos y los espárragos sabor de cualquier cosa. Las salsas, he ahí el fundamento francés. La salsa suprime el alimento. Entre salsas con trufas, ó con tomates, ó con guisantes, toda ave y toda res se convierte en una cosa impersonal. No así en nuestras mesas, en las cuales no hay nada que ponga un antifaz á los animales comestibles... Pero, eso sí, para hacer bien la cocina inglesa, es preciso tener un cocinero francés...

Marinetti reconoce la superioridad de la cocina francesa; pero abomina de la inglesa.

— Después de Francia — dice, — no hay más que Italia. Francia es el lujo, el manjar caro y precioso, el plato de plata lleno de tajadas suntuosas y refinadas. Italia es la buena sopa, las buenas pastas, la buena carne. Hay que ver

el número de restaurants italianos que existen hoy en el mundo, para darse cuenta de la importancia que tiene nuestra cocina. En París mismo no queda ya un solo barrio, por poco cosmopolita que sea, en el que no haya alguna «tratoria» modesta y confortable. Dar bien de comer por poco dinero. He aquí nuestro sistema.

Lajeunesse, por protestar, declara que el pilaf que nos han servido no le gusta, y pide un plato bien francés, un plato «au sang».

— Ya veréis... — murmura. — Ya veréis...

Y vemos, en efecto, vemos el magnífico «canard» dorado por fuera, rojo por dentro, jugoso, tentador... Lo vemos y lo devoramos...

— En España — me dice con un gran desdén Athanidés, — no se come más que garbanzos, y chorizos indigestos, y pimientos pesados y sopas de ajos...

— En España — digo yo por darme tono, — hay una cocina admirable, variada, exquisita.

É imperturbablemente, sin temor de contradicciones, les recito el «Mamotreso» segundo de la «Lozana andaluza»; asegurándoles que todos aquellos pestiños, testones, zahinas, talvinas, hormigos, alcarabeas, boronías, cuajarejos, pepitorias y apedreados de que habla la alegre Aldonza á su señora tía, son platos muy sabrosos y muy populares en todas las ciudades españolas.

— ¿Conoce usted alguno de esos guisos? — pregunta Marinetti á Negresco, que se ha acer-

cado á nuestra mesa para ver si nos sirven bien sus camareros.

— No — contesta el famoso gastrónomo. — No No... Lo que sí conozco, y es cosa rica, es el arroz á la valenciana, y el bacalao á la vizcaína y el puchero á la madrileña... Un día...

— ¡ No — exclama Lajeunesse, — no, por Dios, nada de pucheros exóticos, nada de pilafes, nada de platos raros!... Un buen pato... Un buen pollo... Un buen faisán... Yo soy amigo de las aves... Ó una langosta...

Alrededor nuestro, los tapones de champaña comienzan á crepitar, interrumpiendo la suave melopea de la orquesta oriental. Las mesas se llenan de copas, de tazas, de cajas de cigarros. Un murmullo voluptuoso llena el vasto espacio, y en las lunas de los espejos se reflejan los rostros animados de las más bellas mujeres del mundo. Todas las lindas jugadoras á quienes he visto en mis paseos, por las terrazas del lago están aquí, gozando de las delicias de la mesa antes de ir á precipitarse en el infierno del «baccarat». Sus ojos guardan aún los matices de los cielos bajo los cuales nacieron. Y hay ojos azules, de un azul pálido; y hay ojos verdes, cual los horizontes marinos; y hay ojos negros, que brillan divinamente, como los firmamentos nocturnos del Sur...

— Una Babel de miradas y de sonrisas — murmura Athanidés, apurando su copa.

## IX

— ¿De veras se marcha usted sin haber puesto los pies en el Casino? — me pregunta un amigo de los muchos que aquí no han visto sino las mesas de juego.

— De veras, — le contesto.

Él sonrío.

Yo sonrío.

Él me tiene lástima, creyendo que para contemplar las puestas de sol desde una barca sin ponerse en ridículo, el hombre elegante tiene por lo menos necesidad de ir á Venecia, ó á Lugano ó á Lucerna. Y en cuanto á la dulzura de las tardes primaverales bajo estas enramadas, ni siquiera se figuraba que pueda existir. Allá en París, en el Bosque de Bolonia, ó en los Campos Elíseos, á la sombra de las acacias mundanas, todavía explicábase él un paseo higiénico. ¡Pero aquí!... Aquí, donde no existe ni la gran vida de la gran ciudad, ni la gran poesía del gran campo; aquí, donde las mujeres más elegantes llegan en automóvil, entran en el Casino, juegan, ríen, oyen la

música, asisten á las representaciones teatrales y luego regresan á sus casas del Barrio de la Estrella sin notar siquiera que han traspuesto las fronteras de la metrópoli; aquí, donde no hay ni montañas, ni bulevares verdaderamente, lo único que se puede hacer es jugar.

— Pues juegue usted — digo á mi amigo.

Y él juega.

— No tiene usted idea de lo que pierde con su terquedad — exclama. — Ahora, sobre todo, las partidas son extraordinarias. En esta semana última ha habido « golpes » de cien mil francos. Los americanos y los rusos son los grandes jugadores.

— Si yo pierdo con no entrar en el Casino — le contesto, — usted también pierde con no salir de él. ¿Se ha paseado usted algún día muy temprano, á la hora en que sólo los camareros se han despertado en los grandes hoteles y en que el círculo no está aún abierto; se ha paseado usted por los alrededores del lago, ó por las inmediaciones del bosque de Montmorency? Hay cielos, en estas alboradas de primavera, que son de una belleza infinita, con sus suavidades color de rosa y color de malva entre vapores áureos. Yo suelo quedarme horas enteras con un libro en las manos sin leer una página, contemplando la metamorfosis constante del cuadro matutino. ¡Ah! ¡Esa ligereza de matices, que se funden y se confunden, y que se transforman, y que se

desvanecen con una lentitud exquisita, como si un pincel invisible los aclarara poco á poco !... Y nada le digo á usted de las tardes, porque de seguro habrá usted admirado el espectáculo patético del lago cuando la luz crepuscular convierte sus aguas en una inmensa mancha de sangre...

—No — me confiesa, — nunca he visto eso... Por la mañana, naturalmente, estoy en la cama... ¿Á qué hora se figura usted que salimos del Casino?... Y por la tarde, á la siete... ¿es á las siete cuando se pone el sol?...; bueno, pues entre cinco y ocho es cuando la partida nos interesa más... Pero para que vea usted que no soy un enemigo de la Naturaleza, una de estas tardes, si usted quiere, iré á tomar con usted el aperitivo en la terraza del lago... Ya me explicará usted lo que le encuentra á este pueblo de hermoso...

— Esto no se explica, — le digo.

Y, realmente, si hay algo de inexplicable en el mundo de la belleza, es el encanto misterioso de ciertos rinconcillos agrestes, en los cuales nada es grande, nada es maravilloso, nada es realmente bello, de una belleza armoniosa ó sublime, y que, sin embargo, seducen á quien sabe contemplarlos con ingenuidad. Aquí, en este horizonte estrecho y delicado, bajo este cielo de una delicadeza ateniense, entre esta colina lejana que cierra el horizonte y este espejo del lago, en el cual se

miran las enamoradas, el alma siente algo de muy íntimo y de muy tierno. En el aire, cargado de músicas vagas y de aromas ligeros, flota como un soplo de dicha paradisiaca. Pero claro que esto no lo sienten los que salen del Casino con las sienes incendiadas. Esto no lo siente mi amigo, ni las lindas damas que cenan en casa de Negresco, ni los americanos de los « golpes » de cien mil francos... Pero lo sienten los artistas, que vinieron como yo, un día á pasar unas horas y que luego no quisieron marcharse.

Menos feliz que ellos, yo me marché hoy mismo. Dentro de dos horas tomaré un « rápido », y diez minutos después estaré en el Bulevar, en ese Bulevar que no he visto desde hace tres semanas. El viaje, para los que van y vienen cotidianamente, no es nada. Para mí, es mucho. ¡ He pasado horas tan deliciosas en un tan dulce ensueño de soledad !...

— Ya volverá usted — me dicen mis amigos.

Sí que volveré... Sólo que Dios sabe si encontraré de nuevo la belleza que ahora dejo. Porque los paisajes, ya lo escribió Amiel, no son sino estados de alma...

FIN